

El **Encuentro** con
Cristo en la vida
del Regnum Christi
Identidad, fundamento y
dinámica



REGNUM
CHRISTI

Sagrado Corazón 2022

Índice

Presentación	6
PARTE I: El Encuentro con Cristo en la vida del Regnum Christi. Evolución histórica y relación con el carisma	8
Desarrollo histórico del Encuentro con Cristo	9
Una expresión del carisma	12
PARTE II: Teología del encuentro	14
Dios, Amigo del hombre	15
El hombre, amigo de Dios	17
El encuentro con Cristo	18
La dimensión comunitaria del encuentro con Cristo	20
Misioneros de la Palabra, apóstoles del Reino	22
PARTE III: Dinámica del Encuentro con Cristo	25
Presupuestos	25
Fraternidad cristiana	26
Carisma del Regnum Christi	26
Misión comunitaria	27
Las partes del Encuentro	28
Oración inicial	28
Lectura orante del Evangelio	28
Discernimiento apostólico de la realidad	29
Oración conclusiva	36
Criterios y recomendaciones para la vivencia y adaptación	36
CONCLUSIÓN	41
ANEXO Ficha modelo para llevar un Encuentro con Cristo	43

“El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas.”

Concilio Vaticano II, Constitución pastoral Gaudium et Spes n.11.

Presentación

“Donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18, 20).

Esta palabra de Jesús es el fundamento de la reunión de equipo llamada Encuentro con Cristo que vivimos en el Regnum Christi. Con el presente ensayo queremos desentrañar su valor como un medio para que Jesucristo Apóstol del Reino, pueda entrar más profundamente a nuestra vida personal y de equipo o comunidad, y hacer presente su misterio en nosotros y a través nuestro.

En el Regnum Christi, actualmente encontramos diversos escenarios con relación a la vivencia del Encuentro con Cristo. En casi todo el mundo constatamos esfuerzos distintos para redescubrir y relanzar una vivencia fecunda del mismo. También reconocemos que, en algunos lugares, se ha abandonado o se vive con rutina, ya sea por falta de conocimiento o por cierto formalismo en su aplicación.

Con este documento buscamos impulsar la vivencia renovada del Encuentro con Cristo, profundizando en su esencia y ofreciendo principios que permitan adaptarlo a las circunstancias de los equipos. Para lograr este fin, desarrollamos los siguientes temas: el lugar de esta actividad en la vida del Regnum Christi, su evolución histórica y su relación con el carisma; el desarrollo de los fundamentos bíblicos;

la dinámica interna del Encuentro con Cristo y el sentido de sus partes.

Toda renovación requiere un volver a los orígenes, a la fuente. Por ello, hemos querido dar un lugar amplio tanto al apartado de la evolución histórica y la relación con el carisma, cuanto al fundamento teológico-bíblico de esta actividad espiritual-apostólica-formativa. A través de estos apartados ahondamos en el sentido profundo del Encuentro con Cristo para comprender mejor su dinámica interna y vivirlo con fruto.

El contenido que este ensayo presenta es resultado de una reflexión que parte del proceso de revisión de los Estatutos y de las diversas experiencias tenidas en los territorios en los últimos años, culminando en algunas reuniones presenciales con miembros de todas las vocaciones organizadas por el área de Vida y Misión del Regnum Christi.

PARTE I:



El Encuentro con Cristo en la vida del Regnum Christi. Evolución histórica y relación con el carisma

La actividad de equipo, llamada Encuentro con Cristo ocupa un lugar central para los miembros del Regnum Christi. Ahí experimentamos y vivimos en primera persona los rasgos característicos de nuestra espiritualidad y misión. En él nos encontramos como apóstoles llamados, reunidos y enviados al mundo y al hombre de hoy en su realidad concreta por el mismo Cristo.

El Encuentro con Cristo es una actividad característica de la vida del Regnum Christi que se desarrolla en un clima espiritual y consta de dos partes fundamentales: la lectura orante de un pasaje evangélico y el discernimiento apostólico de situaciones o eventos actuales de la vida real. Con ello, los miembros de un equipo buscamos alimentar nuestra vida espiritual y apostólica, por medio de la ayuda recíproca en el camino de santificación, de formación y de la actividad apostólica.

A través del contacto con la Palabra y de una lectura creyente de los acontecimientos de nuestro entorno, el Encuentro va configurando nuestro modo de relacionarnos con Cristo y de situarnos ante la vida, no solo personalmente sino también comunitariamente. Mirar el mundo así, no nos deja indiferentes. En un clima de oración en equipo, se

escuchan las llamadas del Espíritu a responder, desde el propio carisma, con nuestra vida y nuestras acciones para hacer de este mundo un hogar cada vez más digno de los hijos de Dios. (Cfr. RFA 4).

Desarrollo histórico del Encuentro con Cristo

El Encuentro con Cristo es una reunión de equipo que ha caracterizado la vida del Regnum Christi desde sus orígenes como movimiento apostólico a finales de la década de 1960 y que, algo después, se introdujo también en las comunidades de los Legionarios de Cristo, las Consagradas y los Laicos Consagrados. Ha sido un medio importante para nuestra configuración con Cristo Apóstol. Ha sostenido y dinamizado la vida de equipo.

El primer Manual del Regnum Christi, de 1969, encuadraba el Encuentro con Cristo en el objetivo de «hacer brillar la virtud del Evangelio en la vida cotidiana, familiar y social» de los miembros y explicaba que en él «los miembros reunidos en pequeños grupos con los compañeros o amigos, examinan los métodos y los resultados de su acción apostólica y confrontan con el Evangelio su método de vida diaria»¹.

1 Con estas frases, este manual citaba Lumen gentium 35, 1: Cristo «constituye [a los laicos] en testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra (cf. Hch 2, 17-18; Ap 19, 10) para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social»; y se inspiraba también en Apostolicam actuositatem, 30: «Los equipos y asociaciones seculares, ya busquen el apostolado, ya otros fines sobrenaturales, deben fomentar cuidadosa y asiduamente, según su fin y carácter, la formación para el apostolado. [...]. Sus miembros revisan, en pequeños equipos con los socios y amigos, los métodos y los frutos de su esfuerzo apostólico y examinan a la luz del Evangelio su método de vida diaria».

En cuanto a las partes del Encuentro con Cristo, las primeras reuniones de equipo de los jóvenes consistían en la lectura y reflexión evangélica y en la exposición de un tema de formación cristiana. A finales de 1968, se incorporó la metodología de la Revisión de vida², además de la revisión de la hoja de compromisos del Movimiento; de esta forma – como recoge el Manual del Regnum Christi de 1969–, el Encuentro con Cristo se estructuró en la reflexión evangélica, la revisión de compromisos y la revisión de vida, dejando el tema de formación para el Círculo de estudios. En el Manual del Regnum Christi de 1971, se añadió la revisión del compromiso apostólico. Así, desde entonces, el Encuentro con Cristo ha constado de cuatro partes: la lectura y reflexión evangélica, la revisión de compromisos, la revisión de vida y la revisión del compromiso apostólico. Las presentaciones de las partes del Encuentro con Cristo en el Manual del Regnum Christi de 1990 y en el Manual del Miembro del Regnum Christi de 2008 han sido principalmente metodológicas y prácticas.

2 En la Iglesia, se llama Revisión de vida al método formativo y de discernimiento que se desenvuelve en los tres momentos del ver, juzgar y actuar. Este método procede de la Juventud Obrera Cristiana (JOC), que es un movimiento de Acción Católica especializado para jóvenes obreros, fundado por el sacerdote belga Joseph-Léon Cardijn (1882-1967). Bajo la iniciativa de Cardijn, la Revisión de vida comenzó a perfilarse entre 1925 y 1936, en Francia y Bélgica, y se terminó de configurar en su forma actual durante la Posguerra. En su origen, el método buscaba ofrecer a los jóvenes obreros un método sencillo de autoformación como cristianos comprometidos, que, partiendo de la fe y de la vida, les descubriera su misión en la sociedad, llegando a hacerlos apóstoles dentro del ambiente secularizado de las fábricas. A partir de 1948, en España, Guillermo Roviroso Albet (1897-1964) y el sacerdote Tomás Malagón (1917-1984; que se sumó desde 1954) completaron la Revisión de vida con la elaboración y aplicación de un Plan Cíclico de formación para los miembros de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) que logró que los obreros adultos continuaran practicando este método incluso cuando dejaban de ser jóvenes.



En el proceso de renovación de los Estatutos del Regnum Christi, el Encuentro con Cristo, así como los demás elementos de nuestra tradición, fue profundizado y se ofreció una explicación actualizada del mismo en el apéndice “El encuentro con Cristo, su sentido y el sentido de sus partes” (mayo del 2015)³.

Los distintos foros del proceso, culminando en las asambleas generales, reconocieron que esta actividad ha dado mucho fruto en la vida de los equipos y comunidades. Las distintas vocaciones del Regnum Christi, en mayor o menor medida, conservan la práctica del Encuentro con Cristo como un medio para compartir los bienes del espíritu y para fomentar el espíritu contemplativo y evangelizador en cuanto comunidad de apóstoles. No cabe duda que es un medio adecuado para vivir y compartir el patrimonio carismático del Regnum Christi. El n. 15 del Reglamento de los Fieles Asociados del Regnum Christi lo presenta así:

“El Encuentro con Cristo es el eje de la vida de equipo. En este, los miembros laicos, como comunidad de fe y a la luz de la Palabra de Dios, examinan su vida cristiana, discernen lo que el Señor espera de ellos para evangelizar la realidad del mundo en que viven, se animan en el propio seguimiento de Cristo y foguean su celo apostólico.”

³ “El Encuentro con Cristo. Su sentido y el sentido de sus partes”. Apéndice 2, en: Regnum Christi, Documento de trabajo. Borrador de números estatutarios de los miembros de 1er y 2º grado, Proceso de revisión de los Estatutos – Dis-cernimiento de los miembros de 1º y 2º grado, mayo de 2015, pp. 90-100.

Una expresión del carisma

En el Encuentro con Cristo celebramos nuestra amistad con Jesús y entre nosotros y nos alegramos juntos de ser amados, llamados y enviados por Él como comunidad de apóstoles. Nos nutrimos del pan de su Palabra y del vino siempre nuevo de la acción del Espíritu Santo en nuestros corazones. Compartimos una mirada evangélica que discierne los signos de la acción de Dios en medio del mundo concreto en el que vivimos y compartimos especialmente “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”⁴. En el Encuentro con Cristo, cuando es vivido con espontaneidad y confianza, profundizamos las relaciones de amistad fraterna entre nosotros y hallamos una especial fuerza para vivir y anunciar nuestra fe.

Si miramos el Encuentro con Cristo a través del prisma del carisma lo descubrimos como una experiencia en la que se hace vida el misterio de Cristo que estamos llamados a contemplar y vivir, conforme al n. 8 de los Estatutos. En esta actividad, Jesús mismo sale al encuentro de los participantes; es Él quién los reúne en su nombre para revelarles el amor de su corazón a través de la reflexión del Evangelio; les forma como apóstoles, ayudándoles a hacer un discernimiento apostólico de la realidad en la que viven a través del caso de vida que analizan, y los envía a colaborar con Él en

⁴ San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), n. 80, y Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 10.

la evangelización de los hombres y la sociedad por medio de las llamadas y respuestas personales y grupales que surgen como fruto del discernimiento.

El momento mismo del Encuentro es ya ocasión de hacer presente el Reino de Cristo en nuestros corazones y en la sociedad (cfr. EFRC 7, 14). Al reunirnos con fe y amor para compartir su Palabra y los retos que la vida nos plantea, experimentamos el consuelo y la certeza de que Él de hecho quiere y es capaz de reinar en nosotros y entre nosotros, en medio de las mil y una exigencias de la vida.

El Encuentro nos hace contemplativos y evangelizadores, pues en él miramos a Jesús presente en su Palabra y también en nuestro corazón, en el prójimo y en el mundo y nos dejamos urgir por su deseo de encender el fuego del amor del Padre en los corazones (cfr. EFRC 20). De este modo, el Encuentro nos mueve a asumir como parte del seguimiento de Cristo el combate espiritual, el salir al encuentro de las necesidades y desafíos de la vida con creatividad y audacia apostólica y los demás aspectos que caracterizan el estilo de entrega de un miembro del Regnum Christi (cfr. EFRC 10).

Finalmente, el Encuentro integra de modo orgánico los cinco elementos propios de la vida del miembro del Regnum Christi: la vida espiritual, la formación, el apostolado, el acompañamiento y la vida de equipo (cfr. RFA 2)⁵, siendo así un catalizador que fortalece y vivifica nuestra identidad. En el Encuentro estos cinco elementos se viven de modo integrado y no como departamentos estancos.

El Encuentro con Cristo no lo es todo, ni siquiera es lo más importante en la vida de un miembro y de un equipo o de una comunidad del Regnum Christi; pero sí puede ser el eje alrededor del cual se ordene y gire todo lo demás (cfr. RFA 15).

⁵ Aunque los cinco elementos están descritos en el Reglamento de los Fieles Asociados del Regnum Christi, de hecho son comunes a las distintas vocaciones que componen la familia espiritual.

PARTE II:

Teología del encuentro

Puede ser que, al decir Encuentro con Cristo, no nos demos suficientemente cuenta de la verdad profunda y vivificante que supone y de lo que nos revela sobre Dios, sobre quiénes somos nosotros, sobre la relación con Él a la que estamos llamados y sobre nuestra misión. En esta parte, nos adentramos en la Teología detrás del Encuentro para redescubrir su fundamento y renovar su vivencia.

Dios, Amigo del hombre

La originalidad del Dios de la Revelación es que habla. Dios es el sujeto del acto de hablar. En los países marcados por el monoteísmo, esta afirmación ya no sorprende, ya que se ha repetido durante muchos siglos. En realidad, no es nada trivial. Es Dios quien se manifiesta al hombre, quien se revela. Los que descubrieron que Dios les hablaba se quedaron sorprendidos. Para ellos, Dios pasó de repente de ser una idea, a menudo vaga y distante, a ser alguien vivo, real y cercano. Para ellos, el encuentro con Dios ha sido y es posible.

Es que, a diferencia de los ídolos de los paganos, el Dios de la Biblia es el Dios de los vivos, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (cfr. Mt 22,32). Él, el Viviente, no fue hecho por manos humanas, como esos otros dioses que “tienen boca,

y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tienen nariz, y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su garganta” (Salm 115,5-7). En contraste con los otros dioses, el Dios de Israel es llamado “Dios de los vivos”, porque su Palabra es capaz de dar vida. Diez veces en el relato de la creación de Génesis 1, Dios “dice” e inmediatamente esto sucede. Su Palabra es viva y eficaz (cfr. Heb 4,12). Es la fuente de todo lo que es.

Además, esta Palabra divina es también y sobre todo una Palabra dirigida a alguien, una Palabra que tiene la capacidad de llegar a cada uno de nosotros hoy (cfr. Dt 5,3). La Palabra que Dios nos dirige es la prueba de la relación que quiere establecer con nosotros. Esta relación comienza en el momento de la creación. Por el simple hecho de crear, Dios coloca al ser humano como alguien distinto a él frente a sí mismo. Por tanto, la Revelación tiene como principio la relación. El Dios del Génesis es ante todo el Dios que, al crear a la humanidad, se pone a sí mismo cara a cara con un interlocutor. Es el Dios del encuentro. Además, ¿no es la soledad el único “no bueno” (cfr. Gn 2,18) en el relato de los orígenes, mientras que cada elemento se desarrolla siete veces bajo el signo de la bondad?

Así, más allá de la historia de un pueblo, lo que se relata en la Biblia es la historia de la humanidad-con-Dios. Cuando Dios pronuncia su nombre, se presenta como “el que está con”. “Estaré contigo” (Ex 3,12), le dijo a Moisés, cuando éste tuvo la osadía

de preguntarle su nombre. “Estar con” es el hermoso nombre divino. En este nombre está contenido el secreto de Dios y su identidad más profunda. El Hijo de Dios no tiene otro nombre: “Emmanuel, que se traduce como Dios-con-nosotros” (Mt 1,23). Desde los primeros momentos de la Revelación de Dios, hasta su plenitud en el Hijo, el Padre se presenta como interlocutor del hombre, con el que establece un diálogo.

El hombre, amigo de Dios

Esta revelación de Dios al hombre es, al mismo tiempo, una revelación de lo que el hombre es: un amigo del Dios vivo. El hombre ya no está condenado a buscar desesperadamente a un Dios inaccesible. Porque Dios no habla en secreto, ni en la oscuridad, ni en el caos (cfr. Is 45,19). No es necesario buscar su Palabra en los cielos o más allá de los mares, porque está cerca de nosotros (cfr. Dt 30,12-14). El Todo-Otro se convierte en el Todo-Cercano. Dios se hace accesible dirigiendo su Palabra a nosotros y permitiéndonos escucharla.

Así, la gran tarea del hombre es aprender a escuchar: “Escucha Israel” (Dt 6,4). Este es precisamente el mayor de los mandamientos, como señaló Jesús en una ocasión a un escriba (Mc 12,28-30).

¿Sabremos escuchar y reconocer al amigo que llama a nuestra puerta para que le dejemos entrar a cenar con nosotros (cfr. Ap 3,20)? ¿Sabremos responder a la llamada de Dios que nos busca? “Adán,

¿dónde estás?” (Gn 3,9), pregunta Dios. “¿Hoy escucharemos su voz?” (Salm 95,7), pregunta el salmista.

El drama de la existencia humana comienza precisamente cuando nos cerramos a la relación con el Dios que nos ama. El endurecimiento del corazón o la dureza de cerviz es un reclamo que Dios mismo o sus profetas hicieron a menudo a Israel (cfr. Ex 32,9; Jr 4,4). Jesús también exhortó a las multitudes reprochándoles su falta de escucha: “¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!” (Mc 4,9), les decía.

Sin embargo, aunque cerremos nuestros oídos, aunque no lo acojamos (cfr. Jn 1,11), Dios -que no puede negarse a sí mismo- será siempre un buscador del hombre, como el padre del hijo pródigo que espera con impaciencia el regreso de su hijo amado, como el buen pastor que ansía encontrar a su oveja perdida, o como la mujer que busca a su moneda (cfr. Lc 15). El corazón de Dios está inquieto mientras no descansa, morando en cada persona (cfr. Jn 14,23).

El encuentro con Cristo

El Nuevo Testamento da un paso más, un paso decisivo y definitivo:

“En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa” (Heb 1,1-3).

El tiempo y el espacio alcanzan su clímax. El tiempo se cumple, pues después de los profetas, el Padre habló por medio del Hijo único. El espacio se llena, porque el Verbo se hizo carne. Cristo resume en su ser todas las palabras del Antiguo Testamento. Él es, en su persona humana y divina, la Palabra última que el Padre nos dirige. Él mismo inauguró su ministerio público, tras leer un pasaje del libro de Isaías en la sinagoga de Nazaret, con esta declaración: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4,21).

Si leemos la Biblia, es porque nos ofrece un camino hacia Jesucristo y hacia su mensaje, porque -como decía San Jerónimo- “ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”. Pero también es cierto lo contrario: ¡conocer las Escrituras es conocer a Cristo!

“Cristo brilla a través de la letra de la Biblia como brilló a través de la carne de Jesús. Su resplandor

ilumina todas las páginas del Libro en el que habita, al igual que iluminó todos los actos de la vida mortal de Jesús.” (Henri de Lubac)

Todas las Escrituras antiguas convergen de una manera u otra en Jesucristo, el Mesías de Israel. Esta es la interpretación creyente de las Escrituras realizada por los redactores del Nuevo Testamento. En efecto, el Nuevo Testamento, con sus cuatro evangelios, los Hechos de los Apóstoles, todas sus epístolas y el Apocalipsis, no es otra cosa que una relectura y reescritura del Antiguo Testamento a la luz del acontecimiento Jesucristo. Jesucristo es la puerta que permite entrar en los libros de la Biblia.

Así es como el testimonio por excelencia de la vida y la doctrina de Jesús se recoge en los cuatro evangelios, lo que les confiere una superioridad, como lo recuerda Dei Verbum (DV 18). Las palabras y las acciones de Jesús, la predicación del reino acompañada de signos de poder, pero sobre todo su muerte y su resurrección, constituyen la fuente de salvación a la que todos los hombres están invitados a acudir. Así, los evangelios constituyen el testimonio privilegiado de la Revelación que Dios hace de sí mismo a través de su Hijo. El encuentro con Cristo, que nos llama a seguirle, se hace posible de modo especial a través de la lectura, la meditación y la puesta en común de los textos evangélicos. La lectura asidua de la Sagrada Escritura se convierte así para todo bautizado en una oportunidad para consolidar su propia vocación cristiana.

La dimensión comunitaria del encuentro con Cristo

El encuentro con Cristo es un acto eclesial, pues Jesucristo es el mesías del pueblo de Israel y la cabeza de la Iglesia como cuerpo constituido por una multitud de miembros. Por medio de su Palabra, Dios ha convocado a su pueblo. Por medio de su Palabra, ha engendrado a toda la Iglesia. La dimensión comunitaria es parte integrante de la vida del creyente. Esta fue la experiencia de los discípulos en el camino de Emaús: juntos tuvieron la experiencia del corazón ardiente (cfr. Lc 24,32), cuando Cristo resucitado les explicaba las Escrituras (cfr. Lc 24,27). Cuando dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo, él está en medio de ellos (cfr. Mt 18,20). Y es con un solo corazón, todos juntos, que los discípulos esperan el don del Espíritu (cfr. He 1,14; 2,1). Así mismo, el envío a la misión se realiza de dos en dos (cfr. Lc 10,1). Así que este vivir juntos, rezar juntos, evangelizar juntos es constitutivo de la vida cristiana.

Ahora bien, un acto privilegiado para crecer en esta dimensión comunitaria en torno a Cristo es precisamente el ejercicio de comentar juntos la Palabra. Como los discípulos de Emaús, ya no experimentamos un encuentro físico y directo con Jesús: “él desapareció de su vista” (Lc 24,31), nos dice San Lucas. El medio privilegiado para encontrar a Cristo a partir de su ascensión al cielo es el texto de la Sagrada Escritura y el gesto de la fracción del Pan. Este es el doble alimento -Palabra y Pan- que configura a la Iglesia como Cuerpo de

Cristo y que se nos ofrece en la única Mesa en nuestras asambleas dominicales. Pero es bueno y recomendado que el encuentro en torno a la Mesa se prolongue durante la semana a través de la meditación y la puesta en común de las Escrituras:

“La vida cristiana se caracteriza esencialmente por el encuentro con Jesucristo que nos llama a seguirlo. Por eso, el Sínodo de los Obispos ha reiterado más de una vez la importancia de la pastoral en las comunidades cristianas, como ámbito propio en el que recorrer un itinerario personal y comunitario con respecto a la Palabra de Dios, de modo que ésta sea realmente el fundamento de la vida espiritual.” (Verbum Domini 72).

Así, el reunirse en torno a la Palabra de Dios es un aspecto muy valioso de la vida cristiana. El mismo Jesús nos invita a permanecer en Él, es decir, a permanecer en su Palabra y a guardarla: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). Es una morada recíproca: nosotros en ellos y ellos en nosotros. La frecuentación habitual de las Escrituras -que contienen la Palabra que Dios nos dirige- es, pues, un hermoso modo de permanecer en el amor de Cristo.

Por último, el aspecto comunitario de la atención a la Sagrada Escritura es tanto más importante cuanto que nadie puede erigirse en único intérprete de la misma. Nadie puede agotar la riqueza de los múltiples significados que lleva el Evangelio. El horizonte de interpretación de la Biblia es, por

tanto, naturalmente comunitario; lo cual motiva y anima a leer y meditar la Palabra en grupo.

Misioneros de la Palabra, apóstoles del Reino

Como en el caso de los discípulos de Emaús, la experiencia de la Palabra de Dios que resuena en nuestro corazón tiene el poder de transformar nuestra vida, hasta convertir la tristeza en alegría y hacernos discípulos misioneros del Evangelio: “en aquel momento, se volvieron a Jerusalén” (Lc 24,33). El libro de los Hechos de los Apóstoles se desarrolla precisamente según la lógica del anuncio del Evangelio, que se extiende desde Jerusalén por toda Judea y Samaria, hasta llegar a Roma (cfr. Hech 1,8).

La lectura en común y el compartir juntos sobre el Evangelio tienen, por tanto, una consecuencia directa sobre nuestro modo de estar en el mundo: cada discípulo de Jesucristo se convierte en portador del Evangelio. La Palabra nos pone en camino, porque está también dirigida a los demás, a todos los demás. Así, cada bautizado se vuelve mensajero de la Palabra para que sea escuchada en el mundo, como la sal que aporta un nuevo sabor o como la luz que debe brillar para todos (cfr. Mt 5,13-15). Habiendo escuchado la Palabra, la Iglesia puede convertirse en su heraldo:

“Toda la evangelización está fundada sobre la Palabra de Dios, escuchada, meditada, vivida, celebrada y

testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial.” (Francisco, Evangelii Gaudium 174)

De hecho, el anuncio misionero de la Palabra se deriva de la propia naturaleza de la fe. El Evangelio de Mateo termina con una clara invitación: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19). En efecto, toda la vida del discípulo misionero es transformada por la Palabra que habita en él y alimenta su vida:

“El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor 9,16)

Pablo era consciente de la necesidad de colaborar en el anuncio de la Palabra en el mundo para que otros pudieran encontrar al Dios revelado. Cuando fue a Atenas, se dirigió a los paganos diciendo: “Al recorrer vuestra ciudad y contemplar vuestros monumentos sagrados, encontré un altar con la inscripción: al dios desconocido. Pues bien, lo que adoráis sin saberlo, he venido a decírselo” (Hch 17,23). Porque, al fin y al cabo, de eso se trata: de que otros se encuentren con el Padre. La Palabra escuchada conduce naturalmente a la misión.

Como San Pablo, cada uno de nosotros está llamado a ser un relevo de la Palabra que el Padre

dirige al mundo a través de su Hijo. Cada uno de nosotros está llamado a participar en la misión de difundir la Palabra, para que otros puedan encontrarse con Cristo e invocarlo:

“Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie? y ¿cómo anunciarán si no los envían? Según está escrito: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien!” (Rom 10,14-15)

Lectura orante del evangelio para iluminar la vida (primera parte del Encuentro con Cristo)



Para que el Reino de Cristo llegue a los corazones de las personas, hacen falta mensajeros del Evangelio. La Palabra divina nos ha sido regalada para iluminar nuestra vida y la de todos los hombres. Se nos ofrece como lámpara para nuestros pasos (cfr. Salm 119,105).

Lectura orante de la vida a la luz del Evangelio: Revisión de vida



Al mismo Cristo que encontramos en la Palabra, lo encontramos en la vida porque, por el misterio de la encarnación, se ha quedado en cada uno de sus hermanos los hombres y ha elegido el mundo como lugar de su permanente revelación. Esto nos habla del valor de la vida cotidiana para el Reino.

Discernimiento y compromiso apostólico (tercera parte del Encuentro con Cristo)



Dios nos interpela desde la vida del mundo y confía en nosotros: Nos llama a colaborar con Él en la obra que está ya haciendo y espera una respuesta comprometida por nuestra parte.



El Reino está en medio de nosotros, si bien, no resulta evidente porque no existe en su plenitud; trigo y cizaña crecen juntos y por eso es preciso

discernir. Dios actúa e interpela la libertad del hombre, invitándolo a colaborar en su designio de salvación.

PARTE III:

Dinámica del Encuentro con Cristo



Presupuestos

El grupo que se reúne para el Encuentro con Cristo es un equipo o comunidad de personas que se reconocen como miembros vivos de la Iglesia unidos entre sí por la fraternidad cristiana, por la participación del carisma del Regnum Christi y por una misión compartida en medio de este mundo necesitado de Cristo.

Fraternidad cristiana

El presupuesto básico para un buen funcionamiento y un mayor aprovechamiento del Encuentro es que las personas reunidas cultiven una amistad cristiana entre sí, por la que tengan la necesaria benevolencia y confianza recíproca para escucharse y expresarse con sinceridad, libertad y caridad. La actividad misma del Encuentro, vivida en un clima cordial, distendido y alegre habrá de favorecer y alimentar esta amistad que es concreción de la fraternidad cristiana en el Regnum Christi.

Por eso, el Encuentro está pensado fundamentalmente para llevarse a cabo en un grupo natural y estable, como es un equipo o comunidad.

Carisma del Regnum Christi

El Encuentro con Cristo es un medio que ayuda a los participantes a encarnar y desplegar el carisma del Regnum Christi. Este carisma ha de animar todo el desarrollo de la actividad, haciendo de ella ocasión de encuentro vital, dinámico y apostólico con Cristo, que nos comparte por amor su misión evangelizadora y espera ilusionado nuestra respuesta de amor creativa y generosa. Lo que hará que el Encuentro sea una experiencia del carisma no será su dinámica en sí misma, sino el hecho de que las personas allí reunidas piensen, oren y proyecten desde el carisma del Regnum Christi que comparten.

Misión comunitaria

La «vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado» (AA 2). Toda comunidad cristiana, reunida en el nombre de Cristo, es enviada por él al mundo en misión. La Iglesia es un misterio de comunión misionera (cfr. ChL 32, EG 23) y, por eso, no existe comunidad cristiana que no tenga una misión dada por el Señor.

Al hablar de una misión comunitaria, nos referimos a la misión evangelizadora que deriva de aquello que los participantes tienen en común y a la cual todos ellos se reconocen llamados. Esta misión es un horizonte compartido que enmarca la vida cotidiana y apostólica de los miembros. En esta misión convergerán de alguna manera las diversas

Expresar cuál es este ámbito u horizonte de evangelización del equipo o comunidad facilitará que los casos o hechos de vida que se propongan al discernimiento en el Encuentro sean significativos para su vida y acción evangelizadora.



iniciativas, actividades y apostolados de los miembros del equipo o comunidad. Los miembros comparten una misión, aunque sus apostolados particulares puedan o no ser los mismos.

Ayuda que el equipo reflexione y llegue a un enunciado de su específica misión comunitaria.

Las partes del Encuentro



Oración inicial

Reunirse para vivir el Encuentro con Cristo supone un acto de fe en que el Señor está presente en medio de nosotros y en que nos envía al mundo como comunidad evangelizadora. Por eso, iniciamos esta actividad con una oración, pidiendo al Espíritu Santo que ilumine nuestros entendimientos, mueva nuestras voluntades y encienda nuestros corazones. Conviene añadir una avemaría u otra oración para invocar a la Virgen María, pues ella ha sido el lugar de encuentro entre Dios y la humanidad; ella es quien nos da a Jesús y nos guía hacia Él y quien, como madre de la Iglesia, ora con nosotros en el cenáculo de nuestro equipo o comunidad pidiendo un nuevo Pentecostés. El gloria y las invocaciones propias del Regnum Christi sellan nuestra oración indicando el fin de toda nuestra vida y acciones: la gloria de Dios y los motores con los que confiamos alcanzar este fin: el Reinado de Cristo en nosotros y la intercesión infalible de María.

Tras la oración, quien modera el Encuentro puede hacer una brevísima introducción, contextualizando la reunión en el momento concreto de la vida del equipo o comunidad.



Lectura orante del Evangelio

Jesucristo es la Palabra de Dios viva. Buscamos encontrarnos con Él en el Evangelio para ponernos todos, desde el inicio de la reunión, en una actitud de escucha del Señor, de manera que la fe y la caridad guíen nuestras reflexiones, ordenen nuestros valores y orienten nuestro discernimiento.

El pasaje evangélico se escoge buscando el beneficio de los participantes y, para ello, ha de tomarse en cuenta el ritmo del año litúrgico, el programa formativo de la sección o comunidad y los eventuales requerimientos de los signos de los tiempos.

Se lee el pasaje en voz alta y se dejan unos minutos de silencio para la reflexión personal sobre lo que Dios dice a través de ese Evangelio a los allí presentes. A continuación, los miembros comparten con sencillez sus luces y reflexiones. Finalmente, el secretario sintetiza las aportaciones.

A la luz de lo compartido en esta reflexión evangélica, uno o varios miembros hacen una breve oración espontánea en voz alta. Con ella, termina la lectura orante del Evangelio.



Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutarse a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza. He aquí algunos rasgos fundamentales del mundo moderno. (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral Gaudium et Spes 4).

Discernimiento apostólico de la realidad

A través de los acontecimientos, Dios mismo nos habla y nos llama a colaborar con él, pues está siempre presente con su Providencia, haciendo crecer su Reino incluso allí donde pudiera parecernos ausente (cfr. Mc 4, 26-29). Es pues preciso discernir por dónde está haciendo crecer el Reino para mejor colaborar con él.

Por esto, después de habernos encontrado con Cristo a través de su Palabra, afrontamos el discernimiento en común de aquello que él espera de nosotros como equipo o comunidad en medio de las circunstancias de vida en que nos encontramos. Observaremos por tanto la realidad en la que vivimos inmersos con el deseo de descubrir la mejor forma de actuar nuestra misión evangelizadora dentro de ella. Se trata de un discernimiento comunitario hecho a la escucha del Espíritu Santo, mediante el diálogo entre la fe y la razón y con caridad apostólica⁶.

La pregunta fundamental que nos orienta aquí es: “Dios está haciendo crecer su Reino en el ambiente donde nos toca vivir y por ello evangelizar, ¿cómo nos corresponde a nosotros colaborar con este

⁶ Recuérdese que existen tres niveles de discernimiento y que cada uno cuenta con su correspondiente metodología y debe presuponer y contener a los precedentes: el discernimiento racional, el discernimiento moral y el discernimiento espiritual. Además, en atención al sujeto que hace el discernimiento, hay que distinguir entre el discernimiento personal y el discernimiento comunitario. En cuanto al objeto, materia o contenido del discernimiento, cabe hablar de multitud de discernimientos; así, llamamos discernimiento apostólico al que realizamos sobre contenido apostólico.

crecimiento?” “¿Cómo podemos secundar la acción de Dios a nuestro alrededor?”

Realizamos este discernimiento apostólico en dos pasos: primero, escogemos el caso o el hecho de vida y, en segundo lugar, lo analizamos mediante la Revisión de vida⁷.

1º Elección de un hecho o caso de vida:

Los miembros presentan a los demás algún hecho, suceso, caso o situación de la vida real que les cuestiona. De entre los hechos presentados, se escoge por votación uno para el discernimiento.

Se busca seleccionar un hecho de la vida real que ayude a descubrir el mensaje de Dios para el equipo o comunidad en su situación actual. Mientras más cercano sea el caso para la vida de los miembros y de la sociedad en que viven, más facilitará el discernimiento apostólico del equipo. Si los miembros tienen clara cuál es la misión que comparten, les será más fácil encontrar casos o hechos que les interpeleen de manera significativa. Lo importante es dejarse cuestionar por Dios que nos habla desde la realidad de la vida cuando nos acercamos a ella con fe y con la suficiente formación cristiana.

7 Sobre el origen histórico, principios teológicos y objetivos del método Revisión de vida, véase José María Rubio, *Para vivir la Revisión de Vida. Un método para la acción y para la espiritualidad cristiana*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2006. Este libro es muy útil para comprender y renovar este método de discernimiento. De manera sintética, se recogen también sus principios y objetivos en el ya citado apéndice “El Encuentro con Cristo. Su sentido y el sentido de sus partes” (mayo 2015).

Es muy deseable que todos lleguen a la reunión con algún hecho de vida bien pensado que presentar. Esto es una manifestación de su interés por el fruto del Encuentro. Incluso es posible, en algún equipo, que el caso o hecho sea votado con anterioridad al Encuentro, de forma que los miembros lleguen habiéndose previamente informado sobre el mismo.

En realidad, la Revisión de vida comienza en la vida cotidiana de los miembros, cuando ellos contemplan los acontecimientos y situaciones de su entorno con corazón de apóstol. Esta actitud es la que hace posible llegar al Encuentro con casos bien preparados, pensados incluso desde unos días antes de la reunión, para proponerlos al discernimiento del equipo o comunidad.

2º Análisis del caso o Revisión de vida, que se realiza en tres momentos interrelacionados: ver, juzgar, actuar.



• Ver

Estos tres momentos se dan orgánicamente en la discusión del caso. No debe ser llevado con cortes que aislen o rompan la reflexión, sino en una dinámica fluida de conversación y profundización.

Primero, queremos ver el hecho como Dios lo ve. Para un discernimiento cristiano de la realidad, se requiere ante todo creer y amar para así poder ver correctamente los sucesos y las situaciones en su verdad, acercándonos al modo de ver de Dios. Se trata de aprender a observar la vida con objetividad y con profundidad, con la razón y con la fe, a contemplar la vida y a Dios presente en ella⁸.

Hay que considerar un ver exterior: analizando para comprender lo que sucede en los aspectos que más nos cuestionan e interesan en cuanto creyentes y apóstoles; un ver interior: buscando empatizar con los protagonistas (quizá también nosotros mismos), entendiendo por qué posiblemente actúan así,

⁸ Papa Francisco, Discurso a una delegación de la Acción Católica de Francia (13 de enero de 2022): Se trata de «percibir cómo Dios estuvo presente en cada momento».

y un ver en la profundidad de la fe: observando moralmente el hecho desde el plan de Dios, con sus signos de bien y de mal.

Las preguntas que nos hacemos son: ¿Qué está pasando realmente en el hecho presentado y qué está haciendo Dios en el corazón de las personas implicadas y a través de ellas en la sociedad? ¿Nos recuerda otros hechos similares? ¿Por qué sucede esto?, ¿cuáles son las causas? ¿Qué signos de bien y de mal descubrimos en ello? ¿Cuáles son las consecuencias que se derivan del hecho? ¿Estamos nosotros implicados en él?, ¿de qué manera?



- Juzgar

Habiendo tomado mayor conciencia de la presencia del trigo y de la cizaña en el hecho de vida escogido (cfr. Mt 13, 24-30), queremos discernir cómo juzga o interpreta Jesús nuestra presencia, participación o actitud ante ese hecho y, consecuentemente, comprender qué está él esperando de nosotros. «Es el momento en el que nos dejamos cuestionar y poner en discusión» por el Señor⁹, de abrirnos a una mayor conversión. Así, en el juzgar concluye todo lo aportado en el ver y desde él se podrá concretar el actuar.

Queremos, por tanto, escuchar a Jesucristo. Para esto, un primer paso es partir de los signos de bien y de mal que hemos visto en el ver e indicar qué

⁹ Ibidem

Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que en la vida cotidiana veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo. (Documento de Aparecida 19.)

valores o antivalores morales están a la base de esos signos. Pero hay que dar un paso más. No se trata ahora de dar simplemente un juicio moral sobre el hecho mismo –lo cual se ha comenzado a hacer ya antes en el ver (al preguntarnos por los signos de bien y de mal)–, ni se trata mucho menos de juzgar a las personas más involucradas en el caso –dado que nadie es quien para juzgar las intenciones o conciencia ajena–. Aquí queremos juzgarnos a nosotros mismos a la luz del Evangelio.

Jesucristo nos invita a seguirlo más de cerca en esta circunstancia; por esto, hemos de cuestionarnos: ¿cómo actuaría Jesús en nuestro lugar?; ¿qué espera él de nosotros?; ¿qué exigencias representa ese hecho para nuestro seguimiento de Cristo como discípulos misioneros?

La respuesta la encontraremos, sobre todo, recurriendo a la Palabra de Dios, leída en clave de interpretación del hecho de vida que hemos analizado. «La clave de esta etapa es la referencia a la Sagrada Escritura»¹⁰, particularmente al Evangelio. «El juicio evangélico es el corazón de la Revisión de vida»¹¹, del discernimiento apostólico de la realidad. Buscamos pasajes evangélicos que nos parecen más adecuados para iluminar las actitudes y comportamientos que Jesucristo espera de nosotros después de haber analizado el hecho de vida. De entre esos pasajes, escogemos uno o pocos más para comentarlos aplicándonoslos a

¹⁰ Ibidem

¹¹ José María Rubio, op. cit., p. 42.

nosotros que estamos ante ese hecho. Se trata de entrar a fondo en la comprensión y aplicación de aquel pasaje evangélico que identifiquemos como el que mejor expresa aquello que sentimos que Cristo espera de nosotros ante este hecho.¹²



- Actuar y compromiso apostólico

En el momento del actuar, buscamos responder con nuestra iniciativa evangelizadora a la invitación del Señor recibida a través del juicio evangélico. La pregunta que nos orienta es: ¿Cómo podemos colaborar con Dios en su obra de hacer crecer el Reino ante este hecho de vida? Nuestro papel «consiste en apoyar y promover la acción de Dios en los corazones, según la realidad que evoluciona continuamente».¹³ Por ello, buscamos transformar la realidad desde los criterios evangélicos, sabiendo que debemos comenzar por cambiarnos a nosotros mismos con su gracia. Todo apostolado cristiano comienza por la conversión personal, pues busca compartir las maravillas que Dios nos participa. Es, por tanto, el momento de optar por acciones de conversión y de apostolado en línea con lo que hemos visto que Cristo espera de nosotros; Lo hacemos en clave de correspondencia a su invitación amorosa a ser sus apóstoles.

¹² A modo de ejemplo, podemos fijarnos en el recurso que hace el Papa Francisco de la parábola del Buen Samaritano en el capítulo segundo de la encíclica *Fratelli tutti*. Este único pasaje le permite descubrir y expresar el juicio evangélico de lo que Dios está esperando de los cristianos en el mundo actual, que es tan complejo como lo ha descrito en el primer capítulo (ver) y que requiere un actuar diversificado en tantas formas como expone en los capítulos sucesivos.

¹³ Francisco, Discurso a una delegación de la Acción Católica de Francia (13 de enero de 2022).

Cuando el caso de vida elegido procede de la experiencia apostólica del equipo, el actuar desemboca naturalmente en el compromiso apostólico. El equipo puede tener un compromiso apostólico estable o de cierta duración, que no cambie en cada Encuentro, sino que solo se enriquezca, se matice o se concrete de alguna forma nueva.



Los miembros sugieren posibles actuares a realizar sobre ellos mismos, en línea de su conversión; sobre la realidad afectada por el caso de vida, en línea de su evangelización. Estos actuares pueden ser individuales o colectivos. Mediante un consenso o mediante votación, los participantes pueden determinar el actuar o los actuares a los que se sienten llamados individual o colectivamente.

Ya sea a partir del actuar o ya sea a partir de otras circunstancias particulares, el equipo o comunidad ha de concretar su discernimiento en un compromiso apostólico. Con este compromiso queremos testimoniar y difundir la buena nueva de un Dios que actúa la salvación del mundo y nos pide colaborar con Él. Ofrecemos de esta forma nuestra respuesta propositiva y creativa, evangélica y evangelizadora, ante las situaciones que encontramos en la sociedad.



Oración conclusiva

El Encuentro con Cristo se concluye con una oración de acción de gracias que pueden hacer uno o varios miembros. La oración se cierra con las dos invocaciones propias del Regnum Christi a Cristo Rey y a la Virgen María.

Crterios y recomendaciones para la vivencia y adaptaci3n

Flexibilidad

La metodologfa y din4mica del Encuentro tiene necesariamente que adaptarse con flexibilidad a la idiosincrasia y experiencia de cada equipo o comunidad, pues est4 al servicio de la vida de equipo o comunitaria (cfr. RFA 15). Los ajustes metodol3gicos que la prudencia sugiera introducir habr4n de procurar garantizar que el Encuentro sea una actividad formativa en la doble dimensi3n contemplativa y evangelizadora.

Frecuencia y paciencia

Es necesario practicar el Encuentro con Cristo con una determinada frecuencia y no de forma espor4dica, porque su fruto es gradual, progresivo, y viene descubierto sobre todo a largo plazo. No se logra gestar y hacer madurar un esp4ritu evang4lico y evangelizador de un dfa para otro.

Se requiere, por tanto, constancia y paciencia para que percibamos el fruto del Encuentro. La semilla del Reino crece constantemente y sin ruido, sin que nosotros sepamos c3mo (cfr. Mc 4, 26-27). A medida que transcurra m4s tiempo de vivencia de esta actividad, los miembros podr4n ir percat4ndose mejor de los frutos que esta va dando en su propia vida, en la de las personas que los rodean y en el ambiente social en el que viven, en cuanto que desarrollar4 en ellos la visi3n sobrenatural, realista y

apostólica de las situaciones y el libre compromiso en favor del Reino de Jesucristo.

Apertura de mente y de corazón en medio del mundo

Para vivir con enriquecimiento el Encuentro, los participantes han de estar abiertos al Evangelio, a la fe, a la conversión y al compromiso. Es preciso tener una mente abierta, buscadora humilde de la verdad, y un corazón abierto, caritativo con los demás. Se trata de discernir cómo colaborar con la acción de Dios en el mundo circundante; por lo que los miembros han de estar dispuestos a ponerse en juego, han de querer hacer efectiva su fe en medio del mundo a través de la autenticidad, del anuncio de Jesucristo, del compromiso por un mundo más justo y fraterno.

Maduración en el tiempo

Es de desear que los miembros vayan pasando de un ayudarse recíprocamente en su vida personal espiritual y apostólica –lo que es ya muy bueno– a un orar, discernir y vivir juntos la misión que les corresponde como comunidad para la gloria de Dios y evangelización de la sociedad. De esta forma, el Encuentro llegará a ser una experiencia de oración y de envío apostólico no solo compartida, sino también realmente comunitaria. Con el paso de los años, la comunidad encontrará siempre nuevas maneras de vivir esa misión según las exigencias de las circunstancias, porque será constitutiva de su ser y no un mero hacer cosas. El Encuentro

ayudará así a generar una comunidad de apóstoles que se dona a la Iglesia y al mundo como testimonio operante de la novedad de vida que Cristo ha traído y el Espíritu actúa.

Tiempo de duración

El Encuentro lo realizan los miembros de un equipo o comunidad. Su tiempo de duración dependerá principalmente del número de personas que componen ese equipo o comunidad. Para entre cinco y diez personas, un Encuentro de hora y cuarto puede resultar adecuado. Para un equipo de entre ocho y doce personas, puede ser suficiente disponer de alrededor de una hora y media. Para más de doce personas, difícilmente bastarán menos de dos horas.

El tiempo de duración del Encuentro también puede ajustarse teniendo en cuenta la frecuencia con la que los miembros lo realicen. Puede ser que, si se realiza con poca frecuencia, convenga proceder con mayor calma para lograr un buen aprovechamiento; mientras que, si realiza con mucha frecuencia, la misma experiencia y familiaridad de los miembros con su metodología puede consentir mayor agilidad.

No conviene alargar demasiado la actividad, con riesgo de que resulte cansada y pueda sentirse como una obligación pesada, ni tampoco hacerla con prisas, porque acabaría por resultar superficial e irrelevante para la vida de los participantes.

Tiempos de sus partes

Cada equipo o comunidad habrá de ir deteniéndose más o menos en cada parte según considere que más le ayuda. A modo de sugerencia y con el fin de facilitar una visión unitaria y articulada del Encuentro, pueden servir de referencia estas proporciones: La lectura orante del Evangelio puede durar aproximadamente un cuarto del tiempo total de la actividad y el discernimiento apostólico de la realidad, tres cuartos.

Revisión de compromisos como miembros del RC (cfr. RFA 17)

La revisión de compromisos, que algunos equipos de laicos realizan después de la lectura orante del Evangelio, no constituye un elemento necesario para el Encuentro con Cristo. Puede hacerse o no hacerse. En todo caso, si se hace, ha de garantizarse el respeto al derecho de no revelar a los demás el juicio de la propia conciencia.

CONCLUSIÓN

En el Regnum Christi buscamos dar gloria a Dios y hacer presente el Reino de Cristo en el corazón de los hombres y de la sociedad (EFRC 7). Una de las formas donde los miembros encontramos un espacio comunitario para ello es la actividad que conocemos como Encuentro con Cristo. Como hemos visto a lo largo de este ensayo, que no pretende agotar su riqueza sino suscitar su práctica creativa y frecuente, el Encuentro tiene en sí mismo una profunda conexión con nuestra historia y nuestro carisma. Los miembros de todas las vocaciones del Regnum Christi hemos vivido profundas experiencias espirituales, formativas y apostólicas a través del Encuentro, donde se ha perfilado, con el paso de los años, una comprensión y puesta en acción del carisma común que nos une a todos en una misma familia espiritual y cuerpo apostólico. Además, las bases y fundamentos teológicos de esta actividad dan cuenta de su sólido arraigo en las Sagradas Escrituras y en la Tradición de la Iglesia, donde el hombre experimenta un vínculo íntimo con Dios-Amigo, que le revela su amor en la Palabra y en los acontecimientos de la vida.

Para salir al encuentro, desde el carisma recibido, a un mundo urgido del amor de Cristo, queremos seguir viviendo esta actividad con corazón contemplativo, celo apostólico, en equipos y comunidades en misión, con un gran sentido de fraternidad humana y espiritual.

Anexo

Ficha modelo para llevar un Encuentro con Cristo

ENCUENTRO con CRISTO



1. ORACIÓN INICIAL

Iniciamos esta actividad con una oración, pidiendo al Espíritu Santo que ilumine nuestros entendimientos, mueva nuestras voluntades y encienda nuestros corazones.

Conviene añadir una avemaría u otra oración para invocar a la Virgen María, el “Gloria al Padre...” y las invocaciones propias del Regnum Christi, que sellan nuestra oración indicando la finalidad de toda nuestra vida y acciones: dar gloria a Dios y extender su Reino.



2. LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO

Buscamos encontrarnos con Cristo en el Evangelio para ponernos en actitud de escucha, de manera que la fe y la caridad guíen nuestras reflexiones, ordenen nuestros valores y orienten nuestro discernimiento.

Se elige un pasaje del Evangelio, que puede ser el del domingo posterior o anterior al día del Encuentro, o bien uno particular de acuerdo con el programa o necesidades del equipo.



3. DISCERNIMIENTO APOSTÓLICO DE LA REALIDAD

Después de habernos encontrado con Cristo a través de su Palabra, afrontamos el discernimiento en común de aquello que Él espera de nosotros. Partiendo de la realidad concreta de nuestro entorno, queremos descubrir la mejor forma de realizar nuestra misión evangelizadora dentro de ella.

1º Elección de un hecho o caso de vida

Los miembros del equipo presentan a los demás algún hecho, suceso, caso o situación de la vida real que les interpela. De entre los hechos presentados, se escoge por votación uno para el discernimiento.

Se recomienda seleccionar un hecho de la vida real que ayude a descubrir el mensaje de Dios para el equipo o comunidad en su situación actual, pues mientras más cercano sea el caso para la vida de los miembros y de la sociedad en que viven, más facilitará el discernimiento apostólico del equipo.

2º Análisis del caso o “Revisión de vida”, que se realiza en tres momentos interrelacionados: ver, juzgar, actuar.



VER

Queremos ver la realidad como Dios la ve, y aprender a observar la vida con objetividad y con profundidad, con la razón y con la fe, y a descubrirle a Cristo presente en ella.

- En relación con este caso ¿qué está sucediendo alrededor nuestro? ¿Qué vemos? ¿Qué elementos –positivos o negativos– nos llaman más la atención y resuenan con más fuerza en nuestros corazones?
- ¿De qué manera está Dios actuando en el corazón de las personas implicadas y en su entorno?
- ¿Por qué sucede esto? ¿Cuáles son las causas?
- ¿Cuáles son las consecuencias que se derivan del hecho?
- Como nexa al momento de “juzgar”, ¿qué signos de bien y de mal descubrimos en el caso? ¿Estamos nosotros implicados en Él?, ¿de qué manera?, ¿cómo nos situamos y reaccionamos ante ello?



JUZGAR

Habiendo tomado mayor conciencia de la presencia del trigo y de la cizaña en el tema analizado (cf. Mt 13, 24-30), buscamos discernir cómo juzga o interpreta Jesús nuestra presencia, participación o actitudes ante esta realidad, y comprender qué está Él esperando de nosotros.

- ¿Qué valores y antivalores vemos en el caso de vida?
- ¿Qué pasaje evangélico puede recordarnos este hecho?, ¿qué nos dice acerca del caso?
- A la luz del Evangelio, ¿cómo actuaría Jesús en nuestro lugar? ¿Qué espera Él de nosotros?
- ¿Qué exigencias representa ese hecho para nuestro seguimiento de Cristo como discípulos misionero?



ACTUAR Y COMPROMISO APOSTÓLICO

Pasamos al momento de optar por acciones de conversión en nuestra vida y de apostolado en línea con lo que hemos visto que Cristo espera de nosotros. Buscamos responder con nuestra iniciativa evangelizadora a la invitación del Señor recibida a través del juicio evangélico. Asimismo, aspiramos a transformar la realidad desde los criterios evangélicos.

Para ello, los miembros del equipo o comunidad sugieren posibles actuaciones a realizar sobre ellos mismos y en la realidad contemplada en el caso de vida. Estos actuaciones se pueden concretar en un compromiso apostólico. En respuesta al llamado experimentado en el “juzgar”:

- ¿Cómo podemos colaborar con Dios en su obra de hacer crecer el Reino ante este caso analizado?
- ¿Cómo podemos apoyar y promover la acción de Dios en los corazones y en la sociedad, según la realidad cambiante de nuestro entorno?



4. ORACIÓN FINAL

El Encuentro con Cristo se concluye con una oración de acción de gracias que pueden hacer uno o varios miembros.

La oración se cierra con las dos invocaciones propias del Regnum Christi a Cristo Rey y a la Virgen María.

regnumchristi.es